

implacable de los sentidos. Este conflicto, salvo raras excepciones, todo hombre, toda mujer que ama largo tiempo lo lleva en sí. Se percibe o no, surge o dormita, pero existe.

Y más adelante, agrega:

He escogido este asunto como se toma un corazón enfermo, para saber mejor lo que se oculta en un corazón sano, y como se estudian los trastornos mentales para comprender el movimiento de la inteligencia.—*E. G. R.*

SOL DE OTOÑO, NOVELA, por *Ruperto Murillo*. Imprenta Nascimento, 1931.

André Gide, que no es más que un crisol de sensaciones, la quinta esencia de lo crítico, una idea formal cuya gran potencialidad le capacita para repercutir en el sistema nervioso, nos entrega en cada una de sus etopeyas cien epígrafes trascendentes. Hoy, al leer el nuevo libro de Ruperto Murillo, recordamos este viejo concepto, remozado por el maestro: «La nature a horreur du vide». Y lo citaremos siempre que caiga en nuestras manos la obra de un autor que no escribe, sino que se pone a escribir... Que se pone a escribir una novela con cierto buen sentido, a base de esa experiencia de la vida que es casi un lugar común y que la decora con una realidad teatral. La naturaleza tiene horror al vacío. Y estos autores llenan su vacío natural con la vieja imaginación de que hacían alarde los bisabuelos de los actuales poetas. Olvidan o no

sienten que la imaginaria pura, fácil, fluente de por sí, ha debido reemplazarse por una captación de los efluvios espirituales de la vida misma. Por eso sus obras resultan demasiado «tèrre a tèrre» o demasiado fuera de la tierra. Nunca descubrirán la clave de una realidad, de cualquiera realidad, por muy abstracta que sea.

«Sol de Otoño» es una novela que puede entretener al gran público; a nosotros nos entretiene también, es verdad, pero nos deja la sensación de algo que, estando demás, era forzoso...

La nature a horreur du vide. Esto lo repite hasta la saciedad el autor de «Corydon». La nature a horreur de Gide. Esto lo enuncia, originalmente, el doctor Nazier, autor del «Anticorydon». ¡Y confíen Uds. en la perenne inmunidad de las frases inmortales!—*C. Vattier B.*

LA MARISCALA. (Evocaciones campesinas), por *Juan Mario Magallanes*.

La novela y el cuento criollo, que tantos cultivadores tienen en América, y entre los que sobresalen Mariano Latorre y Montiel Ballesteros, van dando la fisonomía propia de paisajes y de hombres sudamericanos a los que leen en España cosas de este Continente.

Y en España interesa y apasiona lo típico nuestro más de lo que aquí se cree, mientras no se escatima una sonrisa burlona cuando plumas sudamericanas quieren fijar el am-